

SEMILLAS

(Andrés Escapa, Pablo)

Poco a poco, la mañana helada se imponía en el cristal. Solo una mancha de vaho desdibujaba la creación visible desde la ventana. Aquella huella tibia, nacida del vaivén de un pecho triste, bastaba en su balbuceo a emborronar los árboles y el cielo, los pájaros y la vía, las farolas y el charco donde un concierto de nubes grises venían a abismarse. También la escuela, con sus ventanales mudos como ojos asombrados, temblaba en aquel espejo de intemperies. Respiraba un niño junto al cristal y el mundo renacía y se borraba a cada instante. A su espalda todo eran voces exaltadas en la fiesta de ordenar un mundo en miniatura donde el musgo producía palmeras airosas y el desierto era próspero en reyes errantes con su séquito. Sobre la pared desconchada del aula viajaba una estrella del pasado, y al amparo de su arco, giraban ociosas las norias, perdidas en sus ciclos ancestrales, rumiaban los rebaños en silencio, mujeres hacendosas extraían un agua de milagro de los pozos y un grupo de pastores se extasiaba en un alzar de ojos a lo alto de donde llegaban los ángeles a posar su levedad de criaturas celestiales sobre los perfiles de un establo de cartón. Un mundo armonioso, primitivo y feliz como una arcadía, nacía del barullo de las manos infantiles, precipitadas en la renovación de lo sagrado. Y todo sucedía al calor de una estufa vieja, que era un aliento sostenido por la fe del maestro en la pobre materia entregada al fuego prisionero. Mientras ardía el serrín, la voz obediente de un alumno iba derramando los misterios evangélicos sobre el oficio de tantos ánimos concertados en llenar la tierra de humildes casas blancas, de puentecillos leves, de pasos ligeros hacia un portal. «Y llegando al lugar donde vino la estrella a pararse, vieron los magos al niño con su madre, y de hinojos le adoraron abriendo sus cofres para ofrecerle dones de oro, incienso y mirra». La escuela, con su corazón de leña quemada y su fábula de reyes orientales, era un reino donde no cabían los charcos, ni los árboles sin hojas, ni los pájaros del frío, inválidos sobre la escarcha.

Pero había un corazón que ardía de otro modo, privado del bullicio general. De pie junto a la ventana, paciente en sobrellevar un destierro de pocos metros, un muchacho rumiaba la condena del maestro: ser «semilla de discordia en día de misterio» le había expuesto a esa soledad cuyo paisaje era un horizonte inmóvil bajo el frío, sin ángeles cantores, sin fuegos luminosos ni sendas de virutas. Separado de todos, con la nariz pegada al cristal, el chico había hallado el consuelo de disipar el mundo verdadero al ritmo de su aliento, como si aquellas nieblas de la respiración precipitada sobre la ventana rebajaran el castigo al ocultar la vista impuesta. Y el afán por distraer la realidad hallaba su propósito más firme en borrar la figura encorvada de una vieja, casi oculta bajo una ruinoso manta, de la que surgía una mano que se prolongaba en un palito atareado en remover un puñado de castañas puestas a asar. La mujer aparecía cada invierno, como un fruto puntual del hielo, y se instalaba junto al abandono de las vías, al otro lado de la escuela. Daba la impresión de estar siempre aturdida, por no decir otra cosa, que todos sabían de la botella de vino que arropaba celosamente en el regazo. Aquel secreto tantas veces vislumbrado, había esparcido entre la chiquillería la inquietud de aproximarse tanto a la mujer que fuera posible distraer la botella de su amparo sin que ella se percatara del asedio. La gracia –nunca comprobada pero mil veces prevista– estaba en separarse unos pasos, en declarar el robo a voces, en exhibirlo sin recato y esperar que la pobre vieja gritara en su desesperación más que el ladrón en su osadía. Tanto habían fabulado con la escena que hubo quien se animó a poner letra

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVI, 62 (septiembre-diciembre, 2010)

precisa a la furia de la castañera. Y el énfasis blasfematorio del discurso, recitado entre risas nerviosas, había hallado aquella mañana una culminación inesperada. En medio de las procacidades se había alzado la voz de un muchacho para anunciar su propósito no solo de alcanzar la botella sino de echar un trago a continuación. Para asombro de todos, quien proponía la prueba ya se había puesto en marcha y costaba trabajo reconocer en aquella resolución al nuevo, uno que desde su llegada, hacía un mes escaso, apenas había dicho una palabra, uno que ni corría ni tiraba piedras a los vagones del tren, uno, en fin, que tropezaba por donde iba porque no sabía atarse solo los cordones. A lo mejor por eso quería ahora lucirse en lo que nadie había intentado todavía. Fue así como hacía solo un rato, antes de entrar en la escuela, quien ahora ponía vapores sobre el cristal para negar la calle, la había recorrido de puntillas, bajo la mirada incrédula de un coro silencioso de chiquillos.

«Semilla de discordia en día de misterio», giraba como un responso en los oídos la laboriosa sentencia del maestro. Aquellas palabras, se ensimismaba el chico ante el cristal, tenían tanta provisión de extrañeza como el anuncio del ángel a los pastores. Lo estaba leyendo una voz a su espalda. Y si la fe había inspirado los pasos de unos hombres que nunca se habían atrevido a nada, ¿acaso había sido menor su confianza cuando empezó a caminar aquella mañana, con el corazón latiendo en los oídos, hacia el puesto envuelto en humo de la castañera? Y ahora –se extrañaba–, con el mundo emborronado en el cristal, no parecía quedar memoria de los pasos. Tal vez era ese el misterio. De pronto se veía a sí mismo como el fruto de un sueño ajeno, con el camino ya hecho y poniendo apresuradamente su mano sobre una botella que otras manos, muy pálidas y muy frías, protegían con su desnudez, unas manos como muertas en el abandono con que cedieron al empeño de verse despojadas de su carga. Le pareció entonces que las uñas, en su desmayo, iban a arañar el cristal que se les escapaba rasgando el silencio sagrado de la mañana. Pero lo que llenó el aire fue una ovación contenida que crecía a su espalda. Con aquel rumor en los oídos, el muchacho prolongó un gozo de nerviosismo y temblores que demoraba su retirada del terreno invadido. Una audacia desconocida le llenaba el rostro de un calor hecho de sangre alterada. Y solo entonces supo volverse hacia el coro de ojos asombrados para alzar el botín en el aire. Aún pudo brindarles el triunfo de la rapiña con un gesto magnánimo, de convite en la distancia antes de dar un trago levantando la cara al cielo. Fue al descender hacia la tierra, la boca aún invadida por el ardor del líquido probado, cuando se abrieron sus ojos para ver los de la mujer que lo miraba.

El dolor apenas dominado de aquellas pupilas era el rescoldo que más hería la memoria del muchacho tras el cristal. La vieja no gritaba; había tendido las manos con impaciencia, farfullando palabras en una lengua que él no entendía. No se sabía si eran lamento o una fiebre llena de ansiedad. Hubo un momento en que todo pareció devorarlo la crepitación del fuego donde humeaban las castañas, mientras una anciana movía sordamente los labios. Pensó que la mujer rezaba, que él era el destino de la súplica. En medio de aquel desvarío, los oídos se le llenaron de vergüenza cuando la voz del maestro, de pronto clara junto a él, había crecido sobre la lengua incomprensible de la castañera para pedirle que devolviese la botella. Lo hizo con más temor que cuando la había arrebatado. La vieja le quitó bruscamente el fruto de las manos y abrió una boca descarnada para emitir una risa sin sonido.

Aún caminaba el muchacho bajo esa sombra de encías silenciosas cuando tropezó. Ante la mirada de todos, el maestro se había agachado a atarle los cordones. Inclinado junto a

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XVI, 62 (septiembre-diciembre, 2010)

los zapatos y sin que nadie más lo oyera, le dijo aquellas palabras extrañas que parecían una revelación, acaso una encomienda que exigía ahora su presencia junto al ventanal, enfrentado a la contemplación de su obra. Esa era la discordia: una pobre vieja que ya no dormitaba bajo la manta sino que hablaba sola, volviendo la cabeza a todos lados, vigilante de amenazas invisibles que de pronto se resolvían en una agitación de brazos asombrados ante el reconocimiento de una botella en su regazo, del que era elevada para recibir saludos y besos que la dejaban ya en la vecindad de los labios, donde acababa derramando su contenido en un gesto nervioso pero capaz de llevar sosiego a los ojos, que se cerraban para beber. Los ojos de la castañera, su boca ignorada y su necesidad precisa, su aspecto remoto tras el cristal, como una figura del Belén vista a través de una vidriera. También él, absorto junto a la ventana empañada, parecería una figuración detenida en el tiempo. Perdido en estos pensamientos, el muchacho sintió que se transformaba en una criatura leve que ascendía a las alturas. Pero era el cielo el que se precipitaba sobre la tierra, desmenuzado en copos.

- Está nevando –anunció como un vigía perplejo de la mañana.

Todos los arquitectos de Belén, los sembradores infantiles de veredas y estrellas, los repartidores de ángeles, los hacedores humildes de ríos de plata y prósperos arados sobre un suelo de serrín corrieron a la ventana. Y allí, pegadas al cristal todas las caras como una sola alma, dejaron volar su asombro hasta mezclarse con las semillas blancas que la nieve iba poniendo en las miradas para hacer la realidad más pura. Entonces hubo gestos de reconocimiento que habían esperado aquella cercanía para brotar. Hubo risas aplazadas y un brazo que pasó lentamente sobre un hombro antes de echar al vuelo palabras en voz baja, como pájaros celosos de amistad. «¿Qué tal sabía el vino?», quería saberse. Y era unánime la curiosidad infantil de los ojos abiertos en espera de la revelación. El muchacho miró a la castañera, entregada a sus desvaríos mudos en la distancia, y supo que su respuesta debía templar los copos que espesaban la mañana, y ser remedio de la pobreza ofendida. Quiso él conciliarse también con el misterio y confió en la palabra que iba a dar. Dichoso en el anuncio, como un ángel dueño de felices novedades, proclamó para que lo oyeran todos:

-¡El vino sabía a sopas de pan!